

Mescalito

Hunter S. Thompson

Mescalito

Traducción de Juan Forn

Seix Barral  Únicos

Legales
Título original: *Screwjack*

PARA MONA,
que hizo posible este exabrupto

Introducción

Querido Maurice:

Hola. Que tengas un buen día. Sí. *Mahalo*. Prepárate. He vuelto finalmente del Yermo, donde fui perseguido & atormentado por tremendos gatos monteses radioactivos durante casi veintidós semanas. Cuando por fin logré escapar me mandaron a la Cámara de Descompresión junto a alguna gente que fui incapaz de reconocer, de manera que me derrumbé en pedazos & ahora no recuerdo nada ni a Nadie, ni siquiera *quién era yo* todo ese tiempo, que se remonta hasta el Día de la Marmota.*

* 2 de febrero. Según la festividad tradicional norteamericana, si las marmotas asoman ese día pero vuelven a sus

Por eso me atrasé con mi correspondencia. No podía ser localizado excepto por Las Fieras, y ellas me odiaban, nunca supe *Por Qué*. No me dieron ninguna explicación.

* * *

¿Y qué? ¿Quién necesita *explicaciones* para algo semejante? Huir es lo único que importa en esos casos, si exceptuamos las horribles cicatrices, pero ése es otro cantar. Hoy toca lidiar con *El libro*, cosa que requiere toda mi atención y la tuya.

Una puta descerebrada no hablaría así, Maurice. No hay Verdad en ellas. Pero yo no soy una

madrigueras (como suele ocurrir), significa que habrá seis semanas más de invierno. Si permanecen en la superficie, en cambio, se lo toma como un anuncio del advenimiento de la primavera. La expresión se ha convertido en sinónimo de tiempo circular, como la cinta de Möebius (ése es precisamente el eje de la película *Groundhog Day*, protagonizada por Bill Murray). (*N. del T.*)

puta descerebrada, y aun si lo fuera, no podría recordarlo. A quién le importa. La mierda salpica, a veces. Hay días en que no extraño para nada mi memoria... La mayoría, de hecho. Es como saber que fuiste un hijo de puta en tu Vida Previa, y entonces alguien te dice que trates de no aullar más cuando duermes. La cosa empieza a asustarte... Pero no a *mí*, Maurice.

En cuanto al ORDEN, creo que *Screwjack* debería ir al final & *Mescalito* primero, para que la tensión dramática & la anomalía cronológica vayan intensificándose como en el *Bolero*, en un vertiginoso y salvaje crescendo que arrastrará implacablemente al lector hacia las alturas & desde allí lo dejará caer al abismo... Ése es el Efecto Buscado, y si abrimos con *Screwjack* no ocurrirá, sencillamente. El libro se nos disolverá entre las manos.

* * *

Okey. Eso es más o menos todo por el momento. Podemos liquidar el asunto en un abrir y cerrar

HUNTER S. THOMPSON

de ojos... Y ya. Tengo que salir ahora, a matar un zorrino o él me matará a mí. Hay cosas que no cambian nunca.

Así que me despido, tu siempre amable y sereno amigo,

Hunter

1

Mescalito

16 de febrero de 1969

De vuelta en Los Angeles, de vuelta en el Continental Hotel... atosigado de píldoras y sándwiches y Old Crow y una botella de Louis Martini Barbera recién terminada, mirando por el balcón del piso once a una ambulancia policíaca que deja un surco aullante por el Strip en dirección al Whisky-à-Go-go, donde solía sentarme a la tardecita con Lionel a charlar con las putas de franco... Mientras miraba el panorama desde allá arriba, cuatro hippies en pantalones oxford, dos parejitas, haciendo autoestop hacia Hollywood, me vieron acá arriba y me saludaron con la mano. Yo contesté el saludo y ellos me dedicaron la V de la victoria, y yo se la devolví. En-

tonces uno de ellos me gritó: “¿Qué estás haciendo allá arriba?”. Y yo contesté: “Estoy escribiendo sobre ustedes, los enfermitos de las calles”. Seguimos así un rato, sin comunicarnos mucho, me sentí como Hubert Humphrey en Grant Park.*

Si Humphrey hubiese tenido balcón en aquella suite del piso veinticinco del Hilton, quizá se habría comportado de otra manera. No es lo mismo mirar por una ventana. Asomarse a un balcón es como estar en un trampolín. De todas maneras, me impresionó un poco la distancia entre aquella pandilla callejera y yo; para ellos era otro pez gordo asomándose al vacío desde el balcón... Lo que me recordó a James Farmer** en la tele hoy, con-

* Durante la Convención Demócrata de 1968 en Chicago, Humphrey (vicepresidente de Lyndon Johnson) desplazó a Mc Govern como candidato presidencial demócrata para las elecciones y fue abucheado por miles de jóvenes opositores a la guerra de Vietnam, reunidos en Grant Park. (*N. del T.*)

** James Farmer, abogado y militante pacifista, fue uno de los fundadores del Comité por la Igualdad Racial en 1942

tando en *Face the Nation* cómo mantuvo sus contactos con los comunistas negros, con su papada cimbreante y sus modales de fiolo, para el regocijo condescendiente de George Herman y Daniel Schorr... Y poco más tarde McGarr* recordando en el Luau de Beverly Hills los tiempos en que Farmer era un radical y cuánto lo alarmaba que se hubiera alejado tanto de la vanguardia... Lo *alarmaba*, dijo, porque temía que pudiera pasarle lo mismo a él... Lo que nos lleva de vuelta a aquel déjà-vu mío en el balcón: Humphrey mirando la multitud allá abajo en Grant Park, antes de que

y acompañó a Martin Luther King en su cruzada, hasta que en 1968 aceptó postularse como senador para los republicanos y, luego de perder, aceptó el cargo de Subsecretario de Educación que le ofreció Nixon. (*N. del T.*)

* Gene McGarr, compañero de aventuras del autor durante la segunda mitad de los años sesenta. Cuando apareció el libro de Thompson sobre los *Hell's Angels*, solía acompañarlo a las presentaciones televisivas (era el encargado de llevar la petaca de ron y las anfetaminas). (*N. del T.*)

se anunciara su candidatura presidencial, cuando aún teníamos opciones... Y entonces vi que los cuatro hippies se subían a un taxi (sí, habían parado a un taxi), así que bajé a comprar otra botella en el King's Cellar de la esquina donde el empleado miró mi tarjeta Diners y dijo: "¿Usted no es el tipo que hizo aquello con los *Hell's Angels*?" Y me sentí redimido... *Selah*.

18 de febrero

Aún en LA, tomando notas... una y media de la mañana y el pánico químico me comprime el cerebro mientras contemplo este artículo sin terminar, una semana (no, tres días) con los pilotos de pruebas de la Base Edwards en el desierto... Me temo que ya no funciona la combinación de escribir y juerguear con viejos amigos, el embriagador y exasperante síndrome de derrochar el tiempo postergando la escritura hasta las dos o tres de la mañana

ya no alcanza... Especialmente atosigado de píldoras y marihuana y semiborracho y pasado de fecha de entrega, con los de Nueva York aullándome al oído... La presión se acumula como una tormenta eléctrica en mi cerebro. Agotado y despelucado de no dormir, o por lo menos no lo suficiente. Con llamadas pendientes y reuniones pendientes y dineros pendientes y efectos químicos pendientes, esperando que la presión acumulada encuentre una brecha de salida y me ponga en movimiento, desoxide los rieles, me lleve a destino, quiebre este maldito hábito de no llegar nunca al final de nada —nada.

Y ahora suena la alarma de incendios en el pasillo... Terrible estridencia, pero los pasillos están vacíos. ¿Se está incendiando el hotel? Nadie contesta el teléfono en la recepción, la operadora tampoco contesta... sólo la alarma chilla. Qué sabemos de incendios en hoteles: 75 VÍCTIMAS FATALES SALTAN AL VACÍO PARA EVITAR LAS LLAMAS (y yo en el piso once)... Pero aparentemente es una falsa alarma. La operadora al final contesta y me in-

forma que fue “sólo un cortocircuito”. Pero los pasillos siguen vacíos; esto pasó en Washington también, en el acto de Nixon. Falsa alarma y nadie en los pasillos salvo un tipo gritando por el conducto de ventilación: “¿Alguien me la quiere chupar?”. Los cimientos se desmoronan.

Ayer un drogón trató de secuestrar el dirigible de Good Year para llevarlo al festival de rock & roll en Aspen... llevaba una guitarra y un cepillo de dientes y una radio a transistores que según él era una bomba... “Mantuvo en vilo a las autoridades”, dice el *LA Times*, “durante más de una hora, alegando que era George Harrison de los Beatles”. Se lo llevaron arrestado, pero no pudieron decidir cuáles eran los cargos así que fue a parar al manicomio.

Mientras tanto las colinas siguen desmoronándose, arrastrando casas, sepultando caminos. Ayer cerraron dos carriles de la Pacific Coast Highway entre Sunset y Topanga... Cuando pasamos por ahí en el convertible británico de juguete de McGarr rumbo a la casa de Gover en Malibú, vi-

mos dos casas que colgaban en el vacío colina arriba, una nube de polvo caía aún de sus cimientos. Era sólo cuestión de tiempo, y no había ningún remedio capaz de evitar que ambas se desplomaran sobre la autopista tarde o temprano. Siguen socavando las colinas para ofrecer más terrenos a la construcción, siguen cavándose sus tumbas. Los incendios forestales arrasan con todo en verano, las lluvias generan aludes en invierno... erosión masiva, fuego y barro, y un terremoto anunciado para abril. Pero a nadie le importa un carajo.

Hay semillas de marihuana por toda la alfombra de mi habitación de hotel... cuando me agaché para atarme los zapatos y tuve una visión a ras del piso fue como si alguien hubiera iniciado una plantación casera. Me recuerda aquella habitación de hotel de Missoula, Montana, que llené de ladi-llas... las fui juntando una por una, y las soltaba en mi habitación... hasta que me tuve que ir a Butte. Y aquella otra vez en ese hotel en que llené uno de mis zapatos de marihuana y los ácidos de John

Wilcock*: tremenda escena en la frontera canadiense, yo con toda esa droga, incapaz de recordar dónde vivía cuando me preguntaron mi domicilio... creí que había llegado mi fin, pero después me soltaron.

Y ahora, por puro accidente, leo “Propiedad de Fat City” (léase Oscar-trueque-autopreservación-pillaje) en el costado de mi máquina de escribir. ¿La robé en algún lado? Sólo Dios sabe... Semillas por toda la alfombra y una máquina de escribir ajena. Vivimos en una jungla de desastres inminentes, caminamos perpetuamente por campos minados... ¿Caerá mi avión mañana? ¿Y si lo pierdo? ¿El siguiente caerá también? La casa de

* John Wilcock fundó el *Village Voice*, acompañó a Timothy Leary en su experimento psicotrópico mexicano cuando a Leary lo echaron de Harvard, ayudó a Andy Warhol a crear la revista *Interview*, escribió cuatro libros de viaje Frommers “Con 5 dólares al día” (Grecia, Japón, India y México) y en 1971 publicó *La autobiografía y vida sexual de Andy Warhol*. (N. del T.)

unos amigos de Gover en Topanga se incendió anoche, no salvaron nada salvo un Cézanne. ¿Dónde iremos a parar así?

18-19 de febrero

Está por amanecer, niebla espesa en mi cerebro y no me queda ni una Dexedrina. Primera vez en por lo menos cinco años sin mis pequeñas bombas energéticas. No queda nada en el frasco salvo cinco Ritalin y una oblonga cápsula de mescalina y anfetetas. Ignoro en qué proporciones y qué clase de anfetetas son. Ignoro el efecto que tendrá en mi cabeza, en mi corazón, en mi organismo. Pero el Ritalin es inservible a esta altura, no tiene la potencia suficiente... así que tendrá que ser la cápsula. Oscar* viene a las diez, para llevarme al ae-

* Oscar Zeta Acosta, abogado y activista chicano, impenitente compañero de aventuras y desventuras de Thompson

ropuerto a tomar el vuelo a Denver y Aspen... Así que si me hundo en las alucinaciones él se encargará de sacarme del hotel. El vuelo en sí será otro tema. ¿Cuánto puede prevenir un hombre? (Bueno, ya me la tragué, a la condenada... Pronto se hará cargo de todo. No tengo idea de lo que se viene; con el cansancio y devastación general que tengo puede pasar cualquier cosa. Carezco de resistencia, de manera que cualquier reacción será *extrema*. Nunca he tomado mescalina.)

Mientras tanto, allá afuera en el Strip, la función zoológica no se detiene. Miré un rato cómo cuatro oficiales de policía vapuleaban a dos adolescentes, después los esposaban y se los llevaban. Terribles aullidos llegaban hasta mi balcón. “Perdón, señor, no quise... Dios, basta, por favor” WHACK. Uno de los policías tironeaba de los pies

en *Miedo y asco en Las Vegas*. Autor de los libros *Autobiography of a Brown Buffalo* y *The Revolt of the Cockroach People*. Supuestamente fallecido en 1974. (N. del T.)

al aullante mientras el otro lo pateaba para que se soltara de la verja de alambre; cuando se soltó, se arrodilló a su lado y le sacudió dos puñetazos en la cabeza. Estuve tentado de manotear una de las botellas vacías para tirársela a los polis pero me contuve. Más tarde, más ruido... esta vez un drogón, cantando a todo lo que le daban los pulmones; algo medieval, me pareció. Ajeno a los demás, cantando su canción, en medio de la calle.

Como la escena de los balazos en aquella película, ¿*Alfie*? Y también la escena inicial, con ese tipo que entraba en su casa de plástico, vomitando y puteando por las noticias, y entonces sacaba una pistola y disparaba al techo... enloquecido por las noticias y las presiones del ascenso social... antes de irse al Classic Cat o a visitar a la esposa de algún amigo... y de allí a la escena de los balazos... Sí, ya me estaba haciendo efecto.

Dios, las 6:45 y la mescalina ya se ha apoderado seriamente de mí. La carcaza metálica de la máquina de escribir ha virado de un verde opaco a

una especie de azul fluorescente, las teclas centellean, rutilantes... Yo más o menos levito de la silla y quedo suspendido —no estoy sentado— frente a la máquina. Un brillo extraordinario lo recubre todo... La sensación física es como la primera media hora de un ácido, una especie de vibrato generalizado, envolvente, pero la vibración viene de adentro, no se ve el menor signo externo de ella. Me asombra que pueda seguir tipeando. Siento que la máquina y yo carecemos de peso; ella flota tal como floto yo, dos refulgentes juguetes. Alucinante, todavía puedo mantener la ortograf... tuve que pensarla, ésa. *Alu-ci-nante*. Dios mío, ¿cuánto peor se va a poner? Ya son las siete, tengo que dejar la habitación en una hora. Si esto es el comienzo de uno de esos viajes de ácido, creo que debería descartar la idea de subirme a un avión.

El avión despegando y yo amarrado a una butaca, en este estado; una experiencia insufrible, para volarte la tapa de los sesos. No tengo resto para alejarme de la tierra más de lo que estoy; si

saliera al balcón ahora, creo que levitaría suavemente hasta apoyar los pies en la calle allá abajo. Y se está poniendo peor, tengo espasmos en un músculo del muslo, cada vez que cimbra es como si se hubiera soltado de alguno de sus extremos... Puedo verlo y sentirlo, pero como dos sensaciones disociadas. No hay conexión entre la mente y el cuerpo... aunque puedo seguir tipeando, y a bastante velocidad, mayor a la normal. Sí, definitivamente me está haciendo efecto, se parece mucho al ácido, un placentero letargo corporal mientras el cerebro lidia con algo contra lo que jamás lidió (uf, eso fue difícil de redactar). Todo el trabajo lo está haciendo la cabeza en este momento, ajustándose a los nuevos estímulos como un soldado veterano que cayó en una emboscada y, después de un momento de pánico, recupera sus instintos, aunque no tenga el dominio de la situación: atento a la menor posibilidad y esperando a la vez lo peor... Y aquí viene lo peor. No existe la más remota posibilidad de que me levante de esta silla,

sería incapaz de dar un paso, lo único que puedo hacer es tipear... la sangre me circula por el cuerpo a frenética velocidad. Pero no se siente ningún bombeo, sólo la intensidad de su circulación... La velocidad interior... y el rumor, ese murmullo sin sonido, ese vibrato, y todo es cada vez más deslumbrante. El punto rojo que tiene cada una de las teclas de esta máquina de escribir parece hecho de sangre arterial, palpitan y titilan como si tuvieran vida propia.

Tengo ganas de vomitar, pero la parálisis es más fuerte. Mis pies están helados, mis manos están heladas, mi cerebro en una prensa a rosca... fantástico esfuerzo para levantar una lata de Budweiser y dar un trago, bebo como si aspirara hondo, y una bocanada de frío llega hasta el estómago... mucha sed, pero sólo queda ese resto de cerveza en la lata y es demasiado temprano para pedir al servicio de habitación. Cristo santo, voy a tener que lidiar con toda esa mierda de empacar, pagar, dar propinas, esa mierda complicadísima en

cualquier momento. Si la cosa se pone peor voy a hacer una escena para que me traigan cerveza... mantengamos la distancia del teléfono, concentramonos en el punto rojo de las teclas... esta máquina es mi cable a tierra, sin ella perdería el rumbo por completo. Debería llamar a Oscar y hacerlo venir con unas cervezas, para que me mantenga lejos de ese balcón. Mierda, esto es verdaderamente fantástico, el frío me sube por las piernas y siento una bola de terror anidando en mi estómago, cuánto más voy a alucinar... Encendamos la radio, hagamos foco en algo, no en las palabras, en las ruines mentiras habituales... Dios mío, está saliendo el sol, la habitación entera encandila, una nube cubre el sol, es como si la nube pasara por dentro de esta habitación cuando se traga toda la luz, ya se fue porque de vuelta rebalsamos de luz, se ha ido, estará en alguna parte allá afuera... Tipear se está poniendo complicado, pero hay que seguir, es mi cable a tierra, mi sostén mental, no lo dejemos ir. Cualquier mal paso generaría un alud, que no fa-

lle el pulso, concentración, foco; Dios, no puedo sonarme la nariz, no la puedo encontrar, pero la veo, mi mano sabe dónde está pero el ojo y la mano no coordinan, tengo hielo en la nariz, la radio lo hace tintinear, música de flauta, todo es tan cristalino y trémulo y vertiginoso que no puedo moverme... Uno de los puntos rojos saltó de la máquina, es una cápsula espacial flotando a través de la página al son de un asqueroso soul impostado que viene de la radio, Melvin Laird* cantando para ustedes *The Weight, O yes we get wearee weeri wearih*... Meloso y pegajoso como fijador para el pelo. Anthony Hatch** está en Jerusalén, Dios mío, eso

* Melvin Laird, secretario de Defensa de Nixon, aconsejó al Presidente (junto al entonces asesor de Seguridad, Henry Kissinger) dejar que toda la culpa de la masacre de My Lai cayera sobre los oficiales de bajo rango (que debían alegar locura temporal), en lugar de buscar responsabilidades más arriba en la cadena de mandos. Cuando Hunter Thompson dice *The Weight* se refiere obviamente al peso de esa culpa. (*N. del T.*)

** Tony Hatch, compositor de música ligera que en los años sesenta alcanzó fama por sus colaboraciones con Petula

significa que empezaron las noticias, no, por favor que no mencionen a Nixon, sería demasiado para esta mente vapuleada... Esfuerzo bestial para encontrar otra estación de radio con este dial, pasemos a FM ya mismo, evitemos las noticias, algo sereno, en idioma extranjero... ya estarán pasando por televisión las noticias, pero no voy a encenderla, no voy a mirar en su dirección siquiera... no quiero ni ver la cara de Nixon... MIERDA, llamé a Oscar, fantástica tarea la de discar, y daba ocupado... colguemos el teléfono, no nos deliremos, ignoremos este extraño temblor, riamos, sí, apelemos al sentido del humor, escabullámonos... Cristo santo, tengo que ponerle llave a la puerta y colgar el cartel NO MOLESTAR, que no entre nadie. Acabo de oír a una de las mucamas arrastrando su carro por el pasillo, probando los picapor-

Clark. En 1969 hizo un viaje a Israel en busca de material para un musical "piadoso" que protagonizaría Clark, titulado *Rock Nativity*. (*N. del T.*)

tes... jo, jo, hola, y mi famosa sonrisa... Sí, finalmente conseguí hablar con Oscar, viene hacia acá con unas cervezas... El problema ahora es no enemistarme con el personal del hotel pidiendo cerveza a gritos a estas horas de la madrugada... zona de desastre inminente, no pelear con el personal, no en este catastrófico estado... debo hacer durar este último sorbo de cerveza hasta que Oscar llegue con más... un amortiguador humano, eso necesito, alguien que me contenga o me domine... de vuelta las noticias, hasta en FM. Y ahora el fragmento musical auspiciado por Máquinas de Coser Singer, dura quince minutos, nuestra Gran Oferta de Cumpleaños en Washington no nos deja mentir, nuestras máquinas pueden embutirlo en una bolsa cerrada con doble costura con tal rapidez que creará que encegueció de repente... Dios bendito no es posible que no quede un solo acorde de pacífica humanidad por la radio... creí haber pescado uno, pero no era más que basura publicitaria... ahí está, un violín, quedémonos ahí, haga-

mos foco en ese sonido, montémonos en él... no tengo cerveza suficiente, la sed me condenará a pelear con el personal... no, si queda algo de hielo, en el balcón, ahí quedó, vamos... cuidado, no asomarse, no mirar... alzar con cuidado los hielos que queden, retroceder ahora, volver a la silla, LISTO, pero mis piernas son de gelatina, imposible moverme excepto rodando, no nos desviemos de nuestro camino, no nos acerquemos al teléfono, sigamos tipeando, control, un poco de control... Dios, me vibran las manos ahora, cómo voy a tipear así, las teclas parecen almohadones plásticos esponjosos y los puntos rojos que titilan como en cámara rápida, al son de las palabras que escribo... gracias a Dios por la *Sonata en Fa Mayor para Oboe y Guitarra* de Charles Starkweather...*, nada de publi-

* Charles Starkweather, asesino serial que en 1958 dejó una seguidilla de once muertos en el trayecto entre Nebraska y Wyoming, junto a su novia menor de edad Caril Ann Fugate (tres de esos muertos eran la madre, la hermana y el pa-

ciudad, ni de noticias, música pura... la salvación tiene muchas caras, recordemos enviar un cheque a esta estación de radio cuando nos recuperemos... ¿KPFK?*

Creo que era ésa. La escalada crítica de cerveza aumenta, lo único que queda en esta lata es saliva... mierda, la mitad de mi cerebro está evaluando cómo conseguir más, pero no vamos a permitirselo. De ninguna manera. Pensemos en otra cosa, gracias a Dios por la música, si pudiera llegar hasta el baño y manotear una toalla y tirarla encima del puto televisor, están pasando las noticias, puedo olerlas. Siento los ojos del tamaño de pome-

drastro de ella). Murió en la silla eléctrica al año siguiente, a la edad de veintidós años. Oliver Stone y Quentin Tarantino se inspiraron en la pareja para el guión de *Natural Born Killers* y Bruce Springsteen hizo lo propio en su canción *Nebraska*. (N. del T.)

* KPFK, o Pacific Radio, emisora fundada por los Grupos de Paz durante la Segunda Guerra Mundial en Berkeley, con filiales en Santa Monica y otros puntos de la Costa Oeste, adquirió en los años cincuenta y sesenta un perfil alternativo. (N. del T.)

los. Dónde están mis anteojos negros, ahí, arrástrémonos, la nube ha terminado de pasar en serio ahora, fuego blanco en las paredes, las teclas de la máquina encandilan... mientras allá abajo el tránsito se mantiene constante por Sunset Strip, Hollywood, California, código postal desconocido... Venimos de una gira por la Unión Soviética y Dinamarca, digamos, cuidado, no hay que abalanzarse a las noticias, mantengamos la pureza, sí, como esa flauta, esa música... ¿Cigarrillos hay? Otra área crítica... y ahí está de vuelta esa maldita mucama probando el picaporte, qué mierda quiere. Dinero no tengo, y si llega a entrar va a pasar el resto de sus días bajo los efectos del ataque de pánico. No estoy de humor para lidiar con mucamas, fuera de aquí, van de habitación en habitación como alimañas tullidas... Sonriamos, bien, incorpórenos, recuperemos el control, jo, jo... ¿Cuánto amaina el efecto de esta mescalina? Más bien se está acrecentando. Sé que no puede ser peor que un ácido, pero todas las evidencias me dicen lo

contrario. Tengo que tomar un avión en dos horas. ¿Podré? Dios mío, no puedo subir a un avión en este estado... No podría ni acercarme... Oh, no, y esta aspereza qué es... tengo la boca y la garganta como pedregullo hirviendo, adónde se fue la saliva... La botella de Old Crow, si pudiera verter lo que queda sobre estos hielos derretidos... la pausa que refresca... Sírvanle un trago al caballero, por favor, ¿acaso no ven que tiene el cerebro en cortocircuito y el pozo seco y ya le sale humo por las orejas?, sírvanle un trago de una vez. No perdamos la calma, necesitamos CONCENTRACIÓN... eso, la música, melodía floral germana, Martin Bormann canta al conejo blanco, emboscado en la selva por una legión de vietnamitas desnudos, *whisky über alles*, sírvanme ese trago, sírvetelo de una vez, levántate y hazlo. LISTO... Pero mis rodillas están soldadas y mi cabeza está a ocho metros de distancia de mis pies, no es fácil moverse en esta habitación de menos de tres metros de altura. Y tanta luz, los anteojos, los necesito, destrabemos las

rodillas y vayamos hacia allá... Ah, al menos me puse los anteojos negros, pero la luz sigue siendo deslumbrante. Salir del hotel y tomar el avión no va a ser fácil... No hay en mí mucha esperanza, pero ésa no es manera de pensar, me las he arreglado para hacer todo lo que hice hasta ahora. Ocho y veintitrés según la radio, se viene otra tanda de noticias, puedo oírlas agruparse en el cable del televisor... Nixon ordenó la entrada de brigadas en Berkeley... sonrío... relájate, bebe tu trago. Gaitas por la radio ahora, o son violines... están jodiendo con esos instrumentos, ésa no es manera de tocar, y por el pasillo se oye un tractor, no, una pala mecánica... Son las mucamas que han traído una pala mecánica para arrancar la puerta de cuajo, como quien destroza una telaraña... Este hotel se ha ido al carajo desde que lo compraron los de esa cadena, ya no hay más pomelos en los veladores, ya no hay más pintura negra en las paredes y así estamos de encandilados. Estas paredes necesitan pelaje oscuro, y ladillas, para darle vida. Y la alfombra cru-

je como pochoclo bajo mis pies, quién plantó estas semillas de marihuana, y por qué no las riegan... Eso, he ahí una tarea, rociar esta alfombra, hace falta un aguacero tropical para que no se pierda la cosecha... que nunca falte agua, y podar las hojas cuando corresponda. Atención a quién se le alquile la habitación, debe ser gente especial, amantes de la naturaleza, labradores, botánicos... y que esas malditas mucamas no aprovechen para colarse, por el amor de Dios. Detestan que crezcan cosas en la alfombra, son como finlandesas de tercera generación, sus viejos músculos vueltos grasa colgante...

¿Grasa colgante? ¿Finlandesas? Un poco de cordura por favor. Ahí llega Oscar, con la cerveza. Creo que me estoy estabilizando, es igual que después de la primera embestida del ácido. Si esto es el pico, creo que voy a poder tomar ese avión, aunque deteste hacerlo. Expelido a las alturas en un tubo metálico, amarrado a una butaca, rodeado de desconocidos... Sí, me parece avizorar un remanso, aunque mis manos sigan vibrando y revoloteando

teando sobre el teclado. Una nueva nube cubre el sol, o quizá sea esmog... el resplandor se ha apagado, nada destella en los edificios vecinos ni en los techos ni abajo en la calle, sólo aire opaco y gris. Veo una mezcladora de cemento, gris y roja, allá lejos por la calle. Parece un autito Matchbox de los que venden en los aeropuertos. Debo conseguir uno para Juan*. Creo que alcanzaré el avión. Algún día, cuando las cosas sean como deben ser, podremos repetir esto introduciendo una moneda en la cama vibradora de la habitación en cualquier hotel de la cadena Holiday Inn, después de tomar una pastilla especial para la locura... Un momento, podemos hacer eso *ahora*. Podemos hacer cualquier cosa, ¿por qué no?

* * *

* Juan Fitzgerald Thompson, hijo de Hunter y Sandra Dawn Conklin. En el año 2005 fue el encargado de anunciar a la prensa y a las autoridades el suicidio de su padre. (*N. del T.*)

Fotocopia con las notas de ayer del autor sobre el programa musical que ofrecerá el vuelo de hoy de Continental Airlines, auriculares individuales para cada pasajero y un selector de seis canales, además de controles individuales de volumen en cada asiento. Al tener el “programa” veinticuatro horas de antigüedad produce efectos más bien dantescos en una cabeza ya previamente atosigada de cacofonía, como ver un partido de la NFL con una planilla de la AFL.*

* * *

11:32 —levito de nuevo, no peso nada —muy extraño, Los Angeles allá abajo —auriculares y perillas —cambio de canal, de Cristo a Leon Blum al discurso de Haile Selassie a la Legión Canadiense.

* La AFL fue una fugaz liga alternativa que, entre 1960 y 1969, intentó disputarle a la NFL la hegemonía en el fútbol americano. (*N. del T.*)

* * *

Alquilo un auto barato en el aeropuerto —evito Batrollers y llego como un rayo a Big Sur —hago arrestar a Michael Murphey* por el asesinato del último resto de música legítimamente hillbilly de toda la Costa Oeste. ¿Quién puede culparme por azotar a aquel parapléjico en los baños? Cualquiera hubiese hecho lo mismo. *Selah.*

* * *

Quiénes son estos cerdos —como adicto certificado exijo que se me deje solo —bébete el aceite de eucalipto —y esta cantidad de perillas y bo-

* Michael Martin Murphey, creador de la “American Cowboy Music”, trovador itinerante nacido en Texas que, a fines de los años sesenta, se instaló brevemente en el desierto de Mojave. Sus canciones de ese período fueron popularizadas por John Denver. (*N. del T.*)

tones, cómo no va a alucinar un ejemplar masculino aturdido por el estruendo de las turbinas —necesito una bolsa de ácidos y una tarjeta de crédito —evaluar los riesgos y corregir el curso de la nave —este avión no parece moverse —sólo ronronear —los auriculares —y el vibrato tintineante clásico del ácido —Saquen ese animal muerto del asiento —pónganlo debajo —¿dónde está mi bebida? Estos cerdos nos llevan de paseo —cárguelo a mi tarjeta —extraños ecos reactivos por los auriculares —Gabriel Heatter* aullando al fondo, conversaciones telefónicas —gente insólita conversando. Éste es el programa de ayer —nuevas canciones para hoy —un hiato sobrevuela entre los asientos y ahora tenemos a Kitty

* Gabriel Heatter, famoso periodista radial, fue el primero en dar a conocer la tarea de Alcohólicos Anónimos por la radio (en 1939). Durante la Segunda Guerra, acuñó su frase más famosa “Good News Tonight”, con la cual logró levantar la moral de su audiencia durante los momentos más difíciles del conflicto. (*N. del T.*)

Wells* por los auriculares. Este canal está saturado de ecos y conversaciones telefónicas, insisto —Dios mío, no veo las alas del avión, y el precinto de mi whisky se ha congelado— un cuerpo que levita tiende a la autodestrucción, se agusana. Estoy cada vez peor (12:15). Debo avisarle al piloto, este avión es tortuoso a esta altitud. Ominosa sensación de habernos desviado de nuestro curso —hay fuego en mi cenicero —y cosas rarísimas por mis auriculares.

* * *

Notas manuscritas posteriores, en el aeropuerto de Denver, el efecto ha amainado pero no puedo relajarme, necesito un avión que me lleve a Aspen pero todos los vuelos están cancelados por

* Kitty Wells era la reina de la música country hasta el advenimiento de Patsy Cline y Dolly Parton. Hacia fines de los sesenta, su estilo era ya un poco anacrónico. (*N. del T.*)

culpa de una tormenta de nieve —y si no es a Aspen, que sea a Los Angeles —última oportunidad de enderezarme —esfuerzo final —mientras la otra mitad de mí se asoma al abismo. Alguno de esos cerdos tiene que conseguirme un vuelo —estoy transpirando obscenamente, tengo el pelo pegado al cráneo y la cara empapada —la droga se ha extinguido, no más vértigo, la energía se agota, actividad mental inconexa —el dirigible de Good Year como postrera opción pero no está disponible. Cuidado con las [*ilegible*] aves de rapiña que se mezclan entre la gente normal —conseguir un lugar en ese charter que sale en cinco minutos —mi estómago ruge, voy de una punta a la otra del aeropuerto clamando por un Alka-Seltzer —nadie despega de Denver. Ahora estoy en el asiento del copiloto de un Aerocommander —lo raro se alimenta de sí mismo —con un volante en mis manos y pedales en el piso y cuarenta y un relojitos enfrente, luces titilantes y sonidos incomprensibles por la radio —fumando, boqueando por oxí-

geno —enfermo, trastornado —dos Ritalin que no sirven de nada —me desbarranco —no tengo de qué aferrarme —burbujas en el cerebro —debo abrir la ventanilla, una bocanada de aire aunque los demás entren en crisis. Apesta a alcohol en esta estrecha cabina, nadie habla —miedo y asco, y mareo, y alucinaciones, y nubes. Ni un solo as en la manga —consumido. Mejor volver a Los Angeles que a Grand Junction —¿para qué ir hasta allá? Caos en el aeropuerto de Denver —sudor y escalofríos y todos los vuelos cancelados —y las mucamas trabajando —y los cerdos mentirosos de los mostradores —“te alquilo un auto, chico” —disculpe, pero como adicto certificado no puedo conducir en la nieve —¡debo volar!

Los Angeles, 1969